

La Limpieza de los recuerdos.

Los recuerdos constituyen una cosa masiva.

Gordon, en su libro *Miracle on the River Kwai*, dice que los torturadores Japoneses de los prisioneros de guerra buscaron destruir los recuerdos de sus cautivos. El tiene un pasaje notable en el cual dice que los hombres, desvestidos de sus recuerdos, se convirtieron en zombies. Yo mismo, habiendo sido un prisionero de guerra, aunque no en condiciones tan terribles como las del campo de concentración cerca del río Kwai, sé las cosas extrañas que pasan en relación con los recuerdos. Me gustaría describir un principio que descubrí cuando era prisionero (aunque no era conscientemente). Mirando hacia los años pasados me di cuenta un día, que nuestras mentes hacen cosas extrañas (si no siempre cosas maravillosas) con relación a los recuerdos.

Poco después de mi encarcelación en el campo de prisioneros de guerra Changi, comenzó un rumor acerca de un barco hospital de los aliados que vendría a Singapur para llevarse a los prisioneros gravemente heridos. Siendo yo uno de estos, estaba encantado, y no podía dormir la noche del rumor. Mi mente estaba llena con una gran cantidad de recuerdos, la mayoría placenteros. Estaba fascinado por el regreso a mi mente de muchas cosas que prácticamente había olvidado. Me di cuenta, casi en estado de “shock”, de que había parcialmente borrado esos maravillosos recuerdos porque contrastaban en forma tan notoria y dolorosa con nuestras condiciones actuales. Ahora no sólo los podía permitir, sino que podía deleitarme positivamente en ellos.

Los días pasaron y fue obvio que esto era solo un rumor. La desilusión de los hombres heridos fue muy grande. Nos

pusimos cautelosos y escépticos con ese tipo de rumores. Luego, más tarde, cuando supimos sin duda alguna que íbamos a ser liberados y enviados a casa, nuestro gozo no tuvo límites. Los recuerdos comenzaron a fluir de nuevo. Estaba sorprendido de la fineza de los detalles que podía recordar desde que era pequeño. Pasaba horas deleitándome en el pasado. Parecía que cualquiera con un pasado como ése tendría un futuro maravilloso.

No es posible erradicar el pasado

El recuerdo es un don maravilloso. Cualquiera que ha sufrido amnesia, olvido del pasado, o un blanqueamiento de la memoria, sabrá de la naturaleza dolorosa del pasado que se borra. Algunos de nosotros hemos sufrido amnesia temporal, y lo encontramos incómodo, e inconveniente. Tal vez, como lo dije antes, inconscientemente usamos esto como una forma de protegernos de recuerdos demasiados difíciles de mantener, pero con el largo camino recorrido yo creo que deseamos recordar el pasado, sin importar el dolor que pueda causar. Nosotros pertenecemos al pasado, como él a nosotros.

El propósito de este pequeño libro no es hacer un estudio psicológico, ni antropológico, del recuerdo, sino simplemente enfatizar el gozo de ser hombres y mujeres sin malos recuerdos. Millones son atormentados por su pasado, y darían cualquiera cosa por ser liberados de tales recuerdos. Si tuviéramos algún aparato psicológico o mágico con el cual se pudiera borrar los recuerdos dolorosos, y fortalecer los buenos, entonces la persona capaz de efectuar tal estado parecería poseer un poder de gran riqueza para la raza humana. Todavía nadie ha sido capaz de lograr esto. Hasta este punto de la historia podemos ayudar a otros a sedarse para que los recuerdos no se sientan tanto, y tal vez con ciertas técnicas psicológicas tales como la abreacción (liberación de una emoción o complejo reprimido), podemos hacer que nuestra

mente rechace mucho del pasado, aunque inevitablemente él que sufre, aunque sea un poco, es asaltado por persistentes recuerdos. Incluso, aún un lavado de cerebro pierde su efecto después de algún tiempo.

El olvido ha sido por mucho tiempo un sueño de la raza humana. Keats habla de la tendencia hacia la falta de sentido que una droga puede inducir. Hamlet habla de lo que podría pasar cuando “nos alejamos de esta mortal bobina”, y dice, “¡libres para soñar!” como si un estado soñoliento fuese mejor que esta vida presente y dolorosa. Luego agrega con consternación, “Para soñar! Ah, ¡allí está el dilema!”. Él realmente está diciendo, “No hay escape de los recuerdos, ni siquiera en el mas allá”. Él ve, como muchos otros, el “tiempo mas allá del tiempo” como un lugar donde los recuerdos nos vuelven a visitar incesantemente, de tal manera que nuestro estado final es peor que el primero.

Hoy hay terapias que nos llaman a olvidar el pasado. ‘Ponga su pasado tras suyo’, dicen, ‘Hoy es hoy. Los recuerdos son quimeras. Ellos no tienen poder sobre usted. Comience una nueva vida en este momento’. Tales consejos suenan maravillosos, y muchos que los han escuchado han sido renovados con esta sana actitud. Sin duda uno debe mantener esta actitud mental siempre, porque los recuerdos aparecen repentinamente y nos enfrentan. Algún gesto, algún tono de voz, alguna asociación espontánea saltará en nuestras mentes sin advertencia. Entonces, de nuevo, tenemos que rechazar el pasado. En un sentido, el rechazo del recuerdo es un asunto de fe. Es más, debe ser casi una religión.

Otros han encontrado una maravillosa liberación al hacer los pases con su pasado. En una terapia se les pide asumir la responsabilidad por cada decisión que hayan tomado en la vida,

y no poner esa responsabilidad en otros. Esto, también, ha dado gran descanso y, como la terapia ya mencionada, necesita ser estabilizada con una actitud persistente, o uno comenzará a culpar a otros, nuevamente, por las cosas del pasado.

El recuerdo y la culpa humana.

Considerado el valor de muchos de estos tratamientos, aún tenemos que enfrentar el hecho de que somos personas culpables. En forma general podemos decir que esa culpa puede tomar dos formas. Lo primero es que tenemos una culpa personal por no ser el tipo de personas que deberíamos ser. Creemos que si nos hubiéramos esforzado más, podríamos haber vivido mejor. Simplemente no vivimos mejor, y, por alguna razón u otra, nos sentimos culpables por haber fallado en ser verdaderamente buenos. De nuevo, sabemos que hemos actuado equivocadamente, o fallado en hacer las cosas bien, así es que tenemos las culpas objetivas de estas cosas. Algunas personas sienten sus culpas profundamente, incluso llegan al estado de morbosidad. En lenguaje moderno diríamos que incluso ellos pueden ser conducidos a estados neuróticos y sicópatas debido a tales culpas. La culpa de no ser completamente bueno, y la culpa de las fallas se combinan para producir estados terribles en los seres humanos. Todos encontramos, de vez en cuando, que estamos gastando mucho, si no todo, de nuestras vidas tratando de probar, justificar, y vindicar a nosotros mismos como personas. Por la naturaleza del caso no podemos triunfar, y así la vida llega a ser muy dolorosa. ¡Oh! ¡Si solo pudiésemos borrar el pasado, y ser libres de nuestras fallas!

Algunos terapeutas buscan sanar de culpa a hombres y mujeres. Ellos dicen que nosotros somos nuestros peores enemigos, nuestros mas poderosos e hirientes acusadores. Ellos dicen que nuestra culpa es puramente subjetiva, y no objetiva.

Explican que las leyes no son de naturaleza permanente, vale decir, ontológicas. Las leyes (aquí no está refiriéndose a las leyes de la naturaleza, sino a las leyes y decretos humanos) no son la esencia de las cosas. Ellos son sucesos temporales para mantener cierto tipo de orden en la sociedad, y ya que ellas son creación humana, no deberíamos sentirnos culpables cuando las infringimos. Si bien algunas personas llegan a ser excesivamente legalistas, y así mórbidamente arrepentidas, en general los seres humanos tienen una consideración saludable en cuanto a la ley, ¡aunque no siempre la cumplen! La conciencia es un factor existente demasiado poderoso para ser subyugada, y demasiado peligrosa para jugar con ella.

Otros terapeutas bien intencionados sugieren que nosotros debiéramos perdonar a nosotros mismos. ‘Tú eres tu peor enemigo’, dicen ellos, ‘porque no te perdonas a ti mismo’. Yo siempre he encontrado la idea de ser perdonador de uno mismo es un asunto extraño. Me parece que están diciendo que tengo un “yo” dividido, una parte capaz de perdonar a la otra. Francamente pienso que nosotros tomamos el lugar de Dios en esa parte, ¡como si Él pronunciase perdón a la otra parte de nuestro ser! Tengo la certeza de que, por la naturaleza del caso, el perdón de uno mismo es una absoluta imposibilidad. Nunca podremos ser mayores que nuestras conciencias, y no podemos subyugar con éxito la culpa que produce el fallar, y el cometer errores y pecados. Yo sugiero gentilmente que nosotros hemos desestimado a la culpa, y erramos en entender sus dinámicas internas.

El revivir el pasado con el propósito de derrotarlo

Debemos admirar la persistencia de la raza humana en su esfuerzo para traer sanidad a sus miembros. Se ha dicho que la industria médica es el gigante de todas las industrias, sobrepasando lejos a otras. Se ha dicho también que la

medicina es una profesión que se perpetúa a sí mismo y se agranda a sí mismo. Sin duda esto es verdad, porque el temor a la enfermedad y a la muerte contribuye al interés incesante que tienen las personas respecto a su salud. Sin duda, también, el camino del hombre hacia la perfección, sus esfuerzos para mantenerse a sí mismo ordenado y en buenas condiciones, atestiguan lo que podríamos llamar su culpa existencial, vale decir su desagrado por ser imperfecto en un mundo funcional. No importa como se llama. La cosa es que el hombre se preocupa constantemente con sanarse.

Algunos sostienen la idea de que si somos capaces de enfrentar nuestro pasado, revivir los recuerdos que nos provocan inquietud, y confrontarlos, entonces seremos libres de ellos. Algunos analistas insisten en que nosotros sepultamos nuestros recuerdos tan profundamente como sea posible para que ellos no nos encaren. Esto podría ser verdad. En ese caso, dicen los analistas, debemos desenterrar estos recuerdos y traerlos a la luz del día y al escrutinio sensato humano para terminar con ellos. Puede haber muchos casos donde esto ha funcionado, y los pacientes han recibido algún alivio. Tendríamos que estar de acuerdo con que algunos recuerdos son tan dolorosos que desenterrarlos sería una tarea difícil. Tal vez necesitamos investigar más para saber si esto es realmente bueno, y si puede o no aumentar nuestro sentimiento de culpa y fracaso cuando - por decirlo así - revivimos las experiencias pasadas. ¿Es posible que su entierro sea una forma de autoprotección de algún valor?

La pregunta para nosotros es si tal práctica es de esencia cristiana, vale decir, si es que es una práctica bíblica, o de otra manera, ¿Está de acuerdo con el evangelio? Para quienes no son cristianos - que sean terapeutas o pacientes - la pregunta de sí es una práctica bíblica o no nunca surge. Sólo nosotros enfrentamos esta pregunta como cristianos. Aún así no estamos

en condiciones de rechazar los buenos frutos de la así llamada investigación secular. Los cristianos están felices de ser sanados con la práctica médica aunque no se llama a sí misma 'cristiana'. De este modo son libres de usar los conocimientos de cualquier terapia que no niegue la verdad de Dios.

Sin embargo tenemos que preguntar ¿qué garantía tenemos de tratar el pasado que fue revivido, y en particular a tratar la cuestión de su culpa? Con el objeto de discutir esto nos vamos a referir al aspecto de la responsabilidad. Esto es, ¿somos responsables de todas las decisiones que hemos tomado, hayan sido sabias o necias, buenas o malas? La respuesta debe ser con certeza, ¡Sí!. Si bien admitimos que la influencia de la crianza paterna, nuestra educación, elementos hereditarios, y lo relacionado con las circunstancias pueden habernos influenciado hacia ciertas decisiones, aún así somos responsables de todas esas decisiones. Si no lo somos, entonces significa que el hombre está cerca de ser un 'corcho en el océano', vale decir, llevado para allá y para acá por los elementos que hemos mencionado. Por supuesto nosotros buscamos cargar a otros con nuestras responsabilidades, pero por la naturaleza del caso no podemos tener éxito. ¡Nuestra propia conciencia no nos dejará sacarnos de ese anzuelo!

Si entonces continuamos la cuestión de revivir el recuerdo o escarbar en las experiencias pasadas, podríamos de hecho aumentar nuestro sentimiento de culpa. No podemos - por supuesto- aumentar nuestra culpa ni tampoco disminuirla. Permanece objetivamente real, que lo sintamos profundamente o no. Cualquiera sea el valor de la sicología que busca llegar muy profundo, revivir el pasado sólo renueva nuestra confrontación con nuestra culpa.

Compasión defectuosa para el mal tratado.

Algunos terapeutas, en su compasión humana dejan que su amor fluya en la gente que ha sido muy impactada y herida en

el pasado. Ellos las miran como víctimas de una crianza paterna errónea, las fallas que vienen con la herencia, las situaciones crueles que vienen sobre la humanidad, y los ambientes adversos en los cuales algunos han tenido que vivir. Cuando ellos comunican su compasión y simpatía ayudan a la persona herida a descargar sus culpas sobre estos elementos adversos. QUITAN de la persona todo sentido de responsabilidad por las decisiones tomadas. De este modo levantan una muralla que contendrá a la - así llamada - víctima de sus penas, heridas y rarezas. Si la persona no toma alguna responsabilidad por las reacciones a estos elementos, pues escapar de ellos es imposible.

Es indudable que algunos niños, - y ya que estamos en esto, también algunos adultos- han sido enfrentados de vez en cuando con experiencias terribles. Aún así - no importa cuán chocante haya sido el suceso - es la reacción a este acontecimiento la que puede destruir a la persona afectada. Si se produce ira, compasión de sí mismo y odio, entonces la persona está atada con estas cargas invencibles. Si la persona responde con amor, perdón, e incluso interés por aquel que ha cometido la maldad, entonces termina en liberación. Para el primero, el recuerdo de sucesos dolorosos renueva la ira y la compasión de sí mismo; para el segundo no es un asunto doloroso. Ese ha descubierto, y usado, las profundidades del gran océano del amor de Dios.

Solo el poder divino derrota los recuerdos

de culpabilidad en el hombre.

La culpa del hombre es básicamente objetiva. Si ha violado, robado o asesinado, entonces es culpable del acto que él ha cometido. Si no ha hecho nada malo entonces no es culpable. Hemos visto que algunos seres humanos tienen un

mórbido sentimiento de culpa y que otros se endurecen contra cualquier sentimiento de culpa - ese sentimiento de culpa no es una verdadera medida de la culpa humana. Nadie en este mundo puede disolver la culpa del hombre. El hebreo nunca pensó en el pecado sin pensar en la 'culpa del pecado'. Tampoco habría separado a los dos. Él sabía que el pecado es un poderoso factor de desplazamiento en el hombre, y el pecado está acompañado por la culpa existencial mencionada al principio en nuestro ensayo, vale decir, la culpa de no ser nosotros mismos con relación a Dios y a Su creación verdadera.

El hombre no puede traer sus pecados al presente, porque él mismo los ha cometido. No los puede borrar, porque eso es imposible. A pesar de todos sus esfuerzos él no puede tener una 'buena autoimagen' porque él se ha alejado de la imagen completa de Dios con la que fue creado. Necesita un milagro (i) para borrar la culpa de sus pecados, y (ii) para restaurar el sentimiento de ser completamente un ser humano.

Cuando decimos que el poder de Dios puede borrar la culpa del pecado, y restaurar al hombre para llevar una vida gozosa, tenemos que tener cuidado de no pensar en Dios como en alguien que tiene grandes reservas de poder, de tal manera que con el simple hecho de pensarlo él puede desvanecer la culpa del pecado y la culpa existencial. Debe haber algo mucho mejor que esto. Ese algo - o alguien - era, y es, Jesucristo. ¿Cómo es entonces, que Dios borra la culpa y drena la memoria humana de su contenido doloroso y acusador? ¿Cómo para el proceso en que la culpa provoca más pecado; en que el pecado agrava la culpa; y ambos aumentan el desplazamiento, la dislocación y la desesperanza humana? ¿Cómo se levanta de los hombres la carga de la culpa, de la vergüenza de la contaminación moral, y de la nauseabunda realidad del error humano? La respuesta es, 'por medio de Cristo'.

Dios cambia el pasado y así transforma el futuro

Simplemente decimos, y con reverencia, no hay ‘perdón así no más’ con Dios. Vale decir que Dios no puede simplemente declarar que el hombre está perdonado y justificado. Podemos pensar que Dios tiene tal poder, pero en un sentido no lo tiene. A declarar que nuestro perdón y justificación son por sobre el pecado humano y por sobre nuestra infracción de la ley, es tratar a la Ley de Dios de necio. Trata de profano a Sus preceptos. Reduce toda la moralidad a la nada, y la estructura del universo moral a algo sin sentido. ¡Dios no puede hacer eso! Entonces, ¿que puede hacer?

La respuesta está en Romanos 8:1-3:

Por consiguiente, no hay ahora condenación para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús te ha libertado de la ley del pecado y de la muerte. Pues lo que la ley no pudo hacer, ya que era débil por causa de la carne, Dios lo hizo: enviando a su propio Hijo en semejanza de carne de pecado y como ofrenda por el pecado, condenó al pecado en la carne.

(Biblia de las Américas)

¿Qué quiere decir ‘por el pecado’? Significa ‘con relación al pecado’? Ciertamente, no quiere decir ‘en representación del pecado’ porque fue en representación del hombre. ‘Condenó al pecado’ quiere decir que ‘juzgó al pecado’, vale decir lo llevó a juicio y ejecutó el juicio. Dios hizo esto ‘en semejanza de carne de pecado’, vale decir en la carne de Cristo al colgar su cuerpo en la Cruz. Dios estableció su tribunal y llevó al pecado a juicio, y puso fin a su culpa y su poder. Es de este hecho que la iglesia de Cristo ha cantado por casi dos mil años.

Hay otras declaraciones del Nuevo Testamento; todas se originan en las profecías del Antiguo Testamento. Pablo dice,

Dios “le hizo (a Jesús) pecado para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”. Dice en otra parte, “Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito, “Maldito todo el que es colgado en un madero”). Esto se parece al lamento de Isaías, ‘El... fue contado entre los pecadores’. Aún más, Pablo dice que Dios lo puso como propiciación por su sangre. Levítico 17:11 dice, ‘La vida de la carne en la sangre está’. También dice, ‘Yo (Dios) os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona’. La maldición y la culpa - especialmente por no cumplir la ley de Dios - están enlazadas con la idea de la propiciación, porque esa es la única ofrenda aceptable ante los ojos de Dios por la violación cometida a su eterna santidad por el pecado del hombre. La conciencia no exige menos propiciación que Dios demanda, y no dejará libre al hombre hasta que haya una propiciación pura, vale decir una ofrenda viviente, santa y aceptable a Dios.

El apóstol Juan también habla de la propiciación, diciendo que el amor de Dios es mostrado primero y completamente en su ofrenda, porque ‘En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados’. Pedro agrega, “sabiendo que fueron rescatados... con la preciosa sangre de Cristo, como la de un cordero sin mancha ni contaminación’. El autor del libro de Apocalipsis habla de Cristo como ‘el que nos amó y lavó de nuestros pecados con su sangre’.

Entonces, ¿a qué nos lleva todo esto?

La derrota absoluta del pecado:
La limpieza de nuestro pasado

Lo que ocurrió en la Cruz, y fue confirmado, sellado, y hecho real por la resurrección ha cambiado el curso de la historia. Cuando el autor de Hebreos escribe, “Cuando Él hizo purificación por los pecados...”, está diciendo que en la Cruz, Cristo sacó la contaminación del hombre, la que David, Isaías, y Jeremías llaman ‘la culpa del pecado’ (Sal 32:5; Isa. 6:7; Jer. 33:8). A Pablo se le dijo, “Levántate, y bautízate, y lava tus pecados”, y luego él les dice a los Corintios, “ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados...”. El autor de Hebreos afirma,... “¿Cuanto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha ante Dios, limpiará vuestros conciencias de obras muertas para que servías al Dios vivo”. “Obras muertas” son los pecados del hombre. Así, de este modo, el hombre es completamente purificado. El escritor de Hebreos continúa exhortando a sus lectores, “acerquémonos con corazón sincero en plena certidumbre, purificados los corazones de mala conciencia y lavados los cuerpos con agua pura”, lo que se aproxima a lo de Pedro “una apelación a Dios por una conciencia limpia”, y “habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad...”, vale decir, creyendo en el Evangelio.

El perdón y la limpieza de los pecados son ambas acciones de Dios. En Hechos 15:9 Pedro dice que los gentiles que creen en Cristo son ahora personas puras porque “Dios purificó por la fe sus corazones “. Todo esta cuestión de la limpieza es para nosotros, tal vez, la cosa más importante de todas. Significa que a través de la Cruz hemos purificado completamente nuestros pecados. Si esto es así entonces nuestros pecados no tienen ninguna relación con nosotros. Hemos sido completamente limpiados de ellos.

¿No será acaso esto demasiado bueno para ser verdad? La promesa de Dios a Su pueblo, a través del profeta Isaías, fue:

Venid luego, dice Jehová,
y estemos a cuenta:
si vuestros pecados fueren rojos como la grana,
como la nieve serán emblanquecidos;
si fueren rojos como el carmesí,
vendrán a ser como blanca lana.
(Isaías 1:18)

Isaías está diciendo, ‘Sus mismísimos pecados serán total- y absolutamente purificados hasta que dejen de ser malos’. Siendo esto así, los pecados de nuestro pasado no pueden venir a acusarnos, ¡porque han sido purificados! Esto está de acuerdo con la promesa de Dios en Ezequiel, que dice “Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré... y os guardaré de todas vuestras inmundicias”(Ez.36:25,29).

Todo esto significa que cuando en la Cruz Cristo fue “hecho pecado por nosotros”, El tomó toda nuestra impureza, la culpa por la maldad, la contaminación moral de nuestro ser y de nuestras acciones, y nos purificó completamente, como con un detergente santo. Ningún pecado del pasado puede venir en contra nuestra porque hemos sido purificados por la muerte de la Cruz y la resurrección de Cristo (Rom. 4:25; I Ped. 3:21). La sangre de Cristo ha purificado nuestras conciencias de obras muertas. Nadie, jamás, necesitará visitar nuestros recuerdos para desenterrarlos, y nadie jamás debería intentar reciclarlos a través de alguna técnica que tengan para purificar el pasado, porque ya ha sido purificado y hemos sido librados de aquellos recuerdos tenebrosos.

La Santa amnesia de Dios

El escritor de Hebreos a menudo se refiere al pasaje de Jeremías 31:31-34, el pasaje al cual Jesús se refirió en la Cena de la Última noche, en la que fue traicionado cuando el dijo, “Esta es la sangre del nuevo pacto (o, el nuevo pacto en mi sangre) la cual es derramada por muchos para remisión (perdón) de pecados”. El pasaje es el siguiente:

“He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron mi pacto, aunque yo fui un marido para ellos, dice Jehová. Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: daré mi ley en su mente y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios y ellos me serán por pueblo. Y no enseñaré más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado.”

Dios dice, “Perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado”. Podemos llamarle a esto ‘El olvido Divino’, vale decir ‘amnesia santa’, pero más correctamente ‘el “No recuerdo” Divino’. ¡Dios rehusa recordar nuestros pecados!. Entonces si Dios rehusa recordar nuestros pecados, ¿porque nosotros debíamos recordarlos? Tendríamos que elegir hacerlo así, ya que El nos ha dicho que no los recuerda. Entonces, ¿que sacamos en claro de todo esto?

No hay pecados para recordar

Por supuesto que hemos pecado. También pecamos hoy y seguiremos pecando mañana. ¿Estamos simplemente haciendo

algo de ‘pensamiento positivo’ en cuanto al asunto? ¿Estamos acaso diciendo, ‘Si decido decir que mis pecados serán borrados para siempre, junto con su culpa, entonces responderán a mi borrado mental y se irán’? ¡Nada de eso! Nuestras conciencias pronto nos volverían a nuestros sentidos, y a nuestros pecados. La conciencia nunca deja a alguien librarse del anzuelo. ¿Qué estamos diciendo entonces? Estamos diciendo que Dios, a través de Cristo, ha limpiado nuestros pecados, hasta su extinción, y todo el poder de su culpa, el castigo y la contaminación han sido borrados. En otras palabras, ¡no hay pecados que recordar! Dios no solo ha ignorado nuestros pecados. ¡El los ha destruido, para siempre! Son como si nunca hubiesen existido, lo que es realmente el significado técnico de la justificación.

Por supuesto, de vez en cuando, recordaremos los pecados que una vez cometimos, pero no debemos hacerlos regresar para recuperar su sustancia. Dios los ha desnudado de sustancia, de culpa, de poder y de contaminación. Si ellos son recordados, entonces con fe en la cruz debemos decir, ‘si bien ustedes representan los pecados que cometí, no tienen solidez. Dios los ha limpiado, purificado, y se ha llevado lejos la culpa que los acompañaba. Uds. son solo fantasmas del pasado que han regresado para atraparme a través de las acusaciones de Satanás y sus huestes, pero Uds. no tienen solidez. Yo rehusó dejar que tengan importancia. ¡Váyanse!’.

Esto significa, entonces, que Dios estuvo en el banco de datos de nuestros recuerdos y ha dejado todo en orden, llevándose la acusación del pecado, y así de este modo dejando los recuerdos en la tranquilidad de la pureza.

El Poder del Espíritu Santo aplica la expiación

Pablo dijo a los Corintios que muchos de ellos habían sido idólatras, adúlteros, homosexuales, alcohólicos, glotonas, ladrones y agrega, “Más ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados”, agregando, “en el nombre del Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios” (I Cor, 6:9-11). Con esto Él quiere decir que Cristo ha efectuado purificación, santificación y justificación en su muerte y resurrección, pero es el Espíritu Santo que ha aplicado la obra de la Cruz a la mente, corazón, alma, y espíritu del hombre creyente. En otro lugar Pablo dijo, “Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte” (Rom. 8:2). Ha sido dicho por alguien - en lenguaje pictórico - ‘Cristo derramó su sangre, y el Espíritu la aplica’, lo cual es una manera de decir que sin el Espíritu Santo la gran obra de expiación queda sin aplicación en la vida del hombre.

En otras palabras el hombre no puede experimentar en forma efectiva la limpieza de sus pecados sin la obra del Espíritu Santo. Esto es confirmado en muchos pasajes del Nuevo Testamento (tales como Hechos 10:36-44 con 11:18; II Cor. 3:6,17; Gal. 4:4-6).

Conociendo Continuamente la Limpieza de los Recuerdos

por medio de la Fe y el Espíritu Santo

Deberíamos enfatizar nuevamente que Dios de una vez por todas limpió nuestros pecados, y no sólo nuestros recuerdos. Tenemos recuerdos limpios porque nuestros pecados han sido limpiados. Esto continuará siendo así, sea que lo sintamos o no. Cada día tenemos que vivir por fe en la gracia de Dios. Esa gracia de Dios siempre es previa a nuestra fe en Él y en Su obra. De cierto tenemos que caminar por fe, porque todavía no

vemos. Cuando caminamos en el Espíritu y somos guiados por Él, entonces viviremos una fe que funciona (Rom. 8:14, Gal. 5:16-26). Seguimos siendo llenos del Espíritu (Efes. 5:18) y así continuamos por fe creyendo en la obra efectiva de la Cruz. No nos sometemos a nadie para que se encarguen de nuestros recuerdos.

Lo que debemos entender es que no es nuestra fe que mantiene limpios a nuestros recuerdos, sino que es la fe que da la certeza del hecho de que han sido limpiados de una vez por todas. El Espíritu mantiene esta realidad viva y nos la renueva. Así, este es el diario camino práctico de ser libres de la dominación de los recuerdos del pasado.

Elementos asociativos y consecuentes de los recuerdos

Estamos hechos de tal manera que nuestros recuerdos están enlazados con ciertos elementos tales como la vista, el sonido, el tacto, el olfato y numerosas cosas similares. Un recuerdo, aunque no es invitado, regresará como un relámpago hacia nosotros. Podemos vernos confrontados con un recuerdo, por así decirlo, antes de que podamos estar en guardia. Lo que en un principio estuvo asociado con el evento que ahora recordamos, tal como el dolor, la herida, la rabia, la desilusión, el orgullo roto, puede ahora parecer tener un impacto y reacción inmediato en el recipiente. Sin embargo, si así ocurre, después del primer impacto, la fe tiene que ser puesta a trabajar, para neutralizar el impacto. ¡Los pecados pasados, los errores y recuerdos no tienen que ser recuerdos acusadores de nuestra pecaminosidad, sino recordatorios poderosos de que han sido cubiertos por la gracia y el amor de Dios! En este caso, y con esta forma de pensar el asunto, podemos ganar con estos recordatorios, en vez de ser deprimidos por ellos.

Algunas personas, en lo que parece ser el último freno que queda en contra de la gracia del perdón y la limpieza, hablan de

las consecuencias del pecado. Debemos reconocer que las consecuencias del pecado están presentes, y algunas de ellas son terribles. La violación, el asesinato y el falso testimonio, por nombrar algunos de los pecados más dramáticos, inevitablemente traerán consecuencias. Debemos dejar las consecuencias en las manos de Dios. Él hace su voluntad en todas las cosas para el bien de aquellos que le aman, y aunque muchas de las cosas no son buenas en sí mismas, Él puede sacar bien de ellas. Allí debemos dejar el asunto. Por supuesto donde podamos restituir y compensar deberíamos así hacerlo, pero mantenerse aferrado a nuestros pecados porque ellos traen malas consecuencias es solo un asunto de ira y de orgullo diabólico, porque rechaza la gracia que está disponible para la persona responsable por las consecuencias.

Esto también nos lleva a otro asunto, el orgullo de las personas al rechazar la completa liberación del pasado de parte de Dios.

El olvido calculado del perdón de Dios

Hay dos maneras de lograr salvar al orgullo humano, particularmente con relación a la gracia de Dios, la cual ha limpiado completamente los pecados y sus recuerdos. Al “salvar al orgullo humano” queremos decir que la gracia parece decir, ‘Tu, por tí mismo no puedes hacer nada con respecto a los pecados, su culpa, y sus dolorosos recuerdos, porque solo la gracia puede hacer eso’. Esto, por supuesto, es verdad, pero la gracia no le quita dignidad al hombre. Lo redime, y le presenta una elección genuina. Realmente no es humillante.

¿Cuáles son entonces las dos maneras de salvar al orgullo humano de la llamada ‘humillación de la gracia’? La primera forma es rechazar simplemente el acto de Dios de la expiación, que mata la dinámica de la culpa causada por los pecados y los recuerdos. La segunda es recibir el don del perdón y la limpieza por medio de la gracia, para luego deliberadamente

olvidar el acto de gracia de Dios. Hay un sentido en el cual el amor de Dios nos obliga a la obediencia (Juan 14:15; II Cor. 5:14) para que cuando deseamos desobedecer e ir por nuestro propio camino debemos deliberadamente olvidar el amor de Dios, especialmente como se muestra en y por medio de Su perdón. En Apocalipsis 2:1-7 Cristo reprueba a la iglesia de Efeso por abandonar deliberadamente su primer amor, vale decir, el amor que vino a través del perdón de pecados.

En 2 Pedro 1:3-9 hay un poderoso ejemplo de olvido deliberado. Al final de este pasaje en el cual el autor exhorta a sus lectores a agregar una tras otra virtud espiritual y moral hasta alcanzar el amor, él dice:

Pues estas virtudes, al estar en vosotros y al abundar, no os dejarán ociosos ni estériles en el verdadero conocimiento de nuestro Señor Jesucristo.

Porque el que carece de estas virtudes es ciego o corto de vista, habiendo olvidado la purificación de sus pecados pasados.

(Biblia de las Américas)

El verbo olvidar, aquí, es un verbo indicando olvido intencional y deliberado. Un comentario lo explica como ‘olvido a propósito’, ‘olvido voluntario y culpable’ (Commentary on the whole Bible por Jamieson, Fausset, y Brown, Oliphants, Londres, 1961, p. 1487). Dicho de otra manera, ‘Si seguimos escogiendo olvidar que fuimos purificados de nuestros antiguos pecados, entonces se salvará nuestro orgullo, pero al costo de nuestra vitalidad espiritual y tranquilidad interior’. De seguro podemos seguir nuestro propio camino, pero el perdón de Dios nos seguirá enfrentando.

Con relación a la naturaleza “una vez para siempre” de la limpieza, el escritor de Hebreos da una excelente ilustración. Refiriéndose a los sacrificios del Antiguo Testamento dice, “..pues los que tributan este culto, limpios una vez, no tendrían ya más conciencia de pecado. Pero en estos sacrificios se hace

cada año memoria de los pecados” (10:2-3). A diferencia de este modelo y principio del Antiguo Testamento, él contrapone el modelo y principio del Nuevo Testamento: “.. somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre”, “porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (10:10,14). Por eso él puede decir “purificados los corazones de mala conciencia”, lo cual también podría ser traducido, ‘de una conciencia de maldad’.

Vemos entonces, como la limpieza y el perdón de Dios son por naturaleza, “una vez para siempre”. ¡Todo ha sido tratado con y por medio de Dios en la Cruz y debemos por fe dejarlo así! No debemos desenterrar el pasado ni regurgitar sus elementos. ¡No debemos reciclar nuestros gusanos, por decirlo así!

Por qué la gente quiere volver al Pasado

La razón principal y obvia es que algunas personas no saben que la maldad de su pasado ha sido tratada. A estas debemos hablarles de las buenas noticias de la liberación. La segunda razón que hemos visto antes, es que ellos no desean ser obligados a la obediencia por causa del amor mostrado en el perdón. Una tercera razón es que el orgullo no puede aceptar que la gracia ha completado el trabajo de sanar nuestro pasado en un único acto decisivo de la expiación. Nosotros, aún queremos tener que ver en algo con esto. Una cuarta razón y bastante poderosa, es una que se relaciona con la tercera, y es que pensamos que nuestro pasado es un asunto demasiado difícil para terminar con él en forma definitiva por medio de la expiación. ¡En otras palabras creemos que nuestras experiencias del pasado son tan especiales y tan vastas como por lo que están más allá de la capacidad y del poder de la Cruz y de la resurrección!.

Y eso no es todo. La mayor dificultad yace en el

componente de compasión de uno mismo y la ira, donde el sujeto cree que él (o ella) ha sido tratado cruelmente, es decir, que es víctima de cosas tales como la herencia, el ambiente, el cuidado paterno y las circunstancias, y eso, sin mencionar la crueldad y egoísmo de otras personas. Algunos de los que buscan ayudar a personas como estas a menudo son personas de gran simpatía y compasión, pero si buscamos bien lo que hay debajo de esto, encontramos que toda la simpatía y compasión puede ser, en realidad ¡para ellos mismos! Dicen, en efecto, ‘Siento esta situación profundamente porque si yo estuviera en ella, entonces lo vería de cierta manera’, es decir, tendría ira y auto compasión.

Algunas personas creen en forma genuina que Dios no ha solucionado su pasado en forma permanente. Ellos pueden creer que Cristo ha llevado sus pecados en su cuerpo sobre la Cruz, pero no que ha llevado sus angustias y sufrimientos. Tampoco creen, “... con sus llagas somos sanados [ahora]” Si lo creyeran, no le permitirían a nadie hurgar en su pasado, ni reciclar sus pecados y sufrimientos.

Sacerdotes o proclamadores?

Sin duda la iglesia cristiana es un sacerdocio, pero es un sacerdocio corporativo. Comparte el sacerdocio de Cristo, y lo expresa al mundo, pero no es parte de un conjunto de sacerdotes (es decir, no somos individualmente sacerdotes). Como un sacerdocio corporativo también proclama. Habla de “las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (I Ped. 2:9). La iglesia es, como los reformadores nos enseñaron, ‘el sacerdocio de todos los creyentes’, el cual, sin embargo no es igual ‘al sacerdocio de cada creyente’. Así como el cuerpo de Cristo, la iglesia, somos la expresión del sacerdocio de Cristo. Nosotros proclamamos Su sacrificio, pero no mediamos en él.

En Juan 20:19-23 y Lucas 24:36-49 vemos dos descripciones de un mismo evento. En el primero, Jesús dice que a cualquiera a quien los apóstoles les remitan (perdonen) sus pecados, le serán remitidos, y a cualquiera que retengan sus pecados le serán retenidos. En el segundo caso, lo anterior se explica por el hecho de que el arrepentimiento y remisión (perdón) de pecados serán proclamados a cada nación. La proclamación de pecados no es magisterial sino ministerial. Los hombres que oyen el Evangelio creerán y recibirán remisión de pecados, y otros rehusarán creer y así les serán retenidos sus pecados.

La tendencia en nosotros a ser mediadores y sacerdotes (o sacerdotisas) es muy fuerte. Sin embargo necesitamos ser muy cuidadosos. Nuestra misión es proclamar la Palabra de Dios y, por ende, Su naturaleza, Su creación, y Su redención. Su palabra es inseparable de Él. Separar Su palabra de Él, o intentar mediar en Su gracia, no es nuestra misión. Su Palabra y Su Espíritu harán el trabajo directamente. Debido a nuestra inclinación innata a la aprobación de uno mismo y la justificación de uno mismo, no podemos tratar con objetividad y sabiduría los problemas del corazón del hombre. Los Puritanos solían decir, ‘¡Nunca te entrometas con el corazón del hombre!’.

La Palabra de Dios puede tratar estos problemas, porque Dios nunca se aparta de Su Palabra; entonces lo que realmente estamos diciendo es ‘Dios tratará estos problemas’, o, ‘La Palabra de Dios hablará al corazón necesitado’. Aunque en cierto sentido somos agentes de la Palabra, no somos el locutor, ni agentes directos de su acción. Pablo fue muy cuidadoso al hablar esa Palabra diciendo que él no quería robarla de su poder por medio de la elocuencia ni la sabiduría humana, porque él quería que la fe de los hombres no se cimentara en sabiduría de hombres, sino en el poder de Dios (I Cor. 1:17, 2:1-5).

Probablemente - en muchos casos - la razón por la cual queremos ir mas allá de la Palabra - o adornarla y persuadir con razones su verdad - es que no creemos en su poder. Incluso queremos mediar por la Palabra con nuestros propios principios y rituales, en los cuales alejamos a las personas de la Palabra y así de Dios. Es por eso que a menudo pensamos que tenemos el derecho, e incluso el deber, de llevar a la gente a recordar sus pecados, buscando aliviar el dolor que provocan, o aminorar la culpa. Esto no es terreno del hombre, sino solo de Dios. Hay un solo mediador entre el hombre y Dios, Jesucristo hombre. No debemos pensar en Dios como si fuera un Dios remoto que sin nosotros no podría “ministrar a una mente enferma”. Esta es la pregunta al doctor de la corte en Macbeth:

¿No puedes acaso ministrar a una mente enferma,
Arrancar de la memoria una pena corrompida,
Extirpar los problemas ya escritos de la mente,
Y con algún dulce antídoto olvidadizo,
Limpiar el seno relleno de aquella sustancia peligrosa
Que pesa sobre el alma? (Macbeth V iii 40 al 45)

Algunas veces tenemos que luchar, incluso con nosotros mismos para que nuestra simpatía y compasión humana no se interpongan entre la persona y la obra de Dios con ella o él.

Entonces ¿qué pasa con el pasado? ¿No tenemos pasado?

Por supuesto que tenemos pasado. Sin él, no tendríamos vida. No tendríamos continuidad desde el pasado, en este presente, hacia el futuro. De este modo no tendríamos esperanza, y en este sentido estaríamos deshumanizados. ¿Estamos entonces buscando evadir los pecados, los errores, y las fallas del pasado y concentrarnos solo en las ‘cosas buenas’? Sería difícil para nosotros clasificar las ‘cosas buenas’, especialmente si entendimos su valor, y la doctrina

cristiana del crecimiento y la madurez a través del sufrimiento. No; todas las cosas, buenas y malas, constituyen nuestro pasado y son importantes en nuestro presente, y están enlazadas a nuestro futuro.

Es axiomático que un hombre pueda aprender de su pasado. El necesita experiencias, incluyendo sus fallas para aprender a vivir su vida. Tanto Santiago como Pablo nos dicen que las tribulaciones producen carácter, perseverancia y madurez, especialmente cuando las pruebas son recibidas positivamente. Necesitamos el pasado - no importa como haya sido - porque sin este nada tiene sentido. Al mismo tiempo, necesitamos el pasado limpio de sus elementos peligrosos. Sólo entonces, no seremos víctimas de nuestro pasado.

Uno de los grandes temas del Antiguo Testamento es el asunto del arrepentimiento. Significando literalmente 'un cambio de mente, o corazón, o entendimiento' - ya que estas tres cosas son en realidad una - necesitamos arrepentimiento antes del perdón. Aunque en el Nuevo Testamento es muy poco lo que se dice acerca la confesión, necesitamos confesar nuestros pecados. Esto no significa que podamos identificar a todos ellos, sino que son nuestras actitudes (cambiadas) hacia ellos que realmente interesa. Si reconocemos nuestros pecados en general, y aquellos pecados que recordamos específicamente, estamos abriendo el camino para que el perdón pueda ser aplicado. Todos aquellos pecados que nos neguemos a reconocer seguirán siendo pecados ya que no recibiremos perdón por ellos. Algunos han tratado de ser perdonados sin arrepentirse antes, por lo que culpan a otros de sus pecados, negándose a sí mismos el salubre perdón de ellos. Hace poco escuché acerca de un hombre que dejó a su mujer para vivir en una relación adultera. ¡El reclamó contra ella por haberlo echado de su vida con su manera de ser, transformando a él en un adúltero! Solo un hombre desesperado usaría un argumento

así. Aún más, dijo que ella - en vez de él - sufriría por las cosas que él había hecho, ya que fue ella que le obligó a irse.

Todo aquel que ayuda otra persona que está atrapada en su pasado debe evitar conducirla a la compasión de sí mismo o a depositar la culpa en otros, no importando cuanto haya sufrido esta persona en las manos de otras personas. Sólo podría ayudar a una persona a librarse de la tragedia de su pasado cuando la orienta a la expiación y la obra sanadora de la Cruz, y a la presencia y poder de Cristo y el Espíritu Santo. Sólo entonces el proceso será realista y duradero. Por supuesto, los creyentes deben ser animados por la lectura y la proclamación de la Palabra - vez tras vez- a tener un nuevo entendimiento de la gracia de Dios, perdón y justificación. Esto es - tal como lo hemos estado diciendo - el arte de vivir la libertad cristiana.

Concluimos que nosotros - cada uno de nosotros - tenemos un pasado. El pasado del creyente ha sido purificado. La memoria de su banco de datos - por decirlo así - ha sido enderezada desde su antiguo y pecaminoso prejuicio y engaño, de tal manera que es una cosa nueva. Las cosas buenas del pasado se mantienen, de tal manera que en el presente el creyente pueda vivir sin ser afectado por los actos malos del pasado.

El gozo de una mente y un corazón limpios

Pablo dijo, “Todas las cosas son puras para los puros, mas para los corrompidos e incrédulos nada les es puro; pues hasta su mente y su conciencia están corrompidas.” (Tito 1:15). Jesús dijo: “Bienaventurados sean los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios”. De esto concluimos que si no tenemos corazones y mentes limpios, estamos abiertos a las acusaciones y los poderes de la maldad. El nuevo nacimiento - o, como también es conocido, la regeneración - cambia a una persona desde una persona caída a ser una nueva criatura (II Cor. 5:17,

compara con Juan 3:3-6; Gal. 6:15, Sigo. 1:18, I Ped. 1:23). Esta es la condición de aquellos que han recibido un nuevo corazón (Ez. 36:24-28), es decir un corazón puro.

Si el pasado no ha sido purificado, entonces nada es puro hoy. Muchas veces los creyentes traten de hacer pruebas a ver si tienen el corazón nuevo - algo muy poco sabio. Ellos dicen: 'a mi mente vienen pensamientos impuros. Tengo una mente de alcantarilla', y cosas parecidas. Nadie está libre de ciertos pensamientos, pero cada creyente puede rehusar esos pensamientos como inconsistentes con su nuevo corazón, y eliminarlos al no darles lugar en donde vivir. Se dice que Lutero dijo, 'No puedes evitar que los pájaros vuelen alrededor de tu cabeza, pero ¡sí puedes evitar que aniden en ella!'. La Palabra y el Espíritu de Dios constantemente nos llaman a vivir en un proceso de renovación de nuestras mentes. (ver Ro. 12:2; Ef. 4:22.24; Col, 3:9-10).

Si bien es verdad que nunca estaremos completamente libres de ser tentados mientras vivamos en este cuerpo - con sus cinco sentidos, y en medio de un mundo en que los poderes de la oscuridad trabajan haciendo todo el daño que pueden a través del engaño, la amenaza y la seducción - tenemos que tener en cuenta que un gran poder nos ha rescatado de aquella muerte para servir al Dios vivo. Podemos tener gran paz, alegría, amor y vivir continuamente en ellos. Los puros de corazón - es decir, los que han sido purificados - son los bendecidos. Puede ser una vida maravillosa, no importa el sufrimiento que venga hacia nosotros. Podemos conocer la frescura y la tranquilidad del shalom de Dios, o sea, Su paz.

Conclusión: Nuestros recuerdos son purificados y sanados.

El resumen de la materia es como sigue:

- i. Cristo ha llevado todos nuestros pecados a la extinción.
- ii. Su muerte y resurrección han purificado nuestros pecados de su poder, polución, y culpa.
- iii No necesitamos volver atrás para mirar nuestros pecados y fallas. Pero si por alguna razón volvemos a ellos, sabemos que ellos ya no tienen ningún poder para afectarnos hoy.
- iv. No necesitamos que nadie nos recicle nuestros pecados, ni que nos lleven de vuelta a nuestro dolor, nuestra rabia, y nuestra compasión de uno mismo, que alguna vez estuvo en nuestros pesares, nuestras rabias y nuestras penas.
- v. Dios no se acuerda de nuestros pecados, por lo que nosotros tampoco debemos acordarnos de ellos. Debemos recordar que no debemos recordarlos.
- vi. Habiendo recibido un corazón nuevo, podemos vivir ahora una vida nueva que, si bien nunca será perfecta en este mundo, no tiene porque ser afectada por fallas en el pasado, presente, o en el futuro.
- vii. Debemos insistir en vivir por dentro de la gran gracia de Dios, dependiendo en el Padre, en Cristo como Señor, y en el Espíritu que mora en nosotros y nos capacita para vivir la vida nueva.

[Este artículo, “The Cleansing of the Memories” ha sido traducido del inglés para ser utilizado en la Iglesia Anglicana de Chile. Ha sido traducido con el permiso de su autor, Geoffrey Bingham, New Creation Publications Inc., P.O. Box 403, Blackwood, South Australia 5051, Australia. Las citas bíblicas son de la versión Reina Valera (1960), excepto donde se indica otra fuente.]

FRANCES COOKBC:\DOS\Guardado con Autorrecuperación de Sanando los recuerdos.asd